

ALINA NOT

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS

Bad Ash

Suelo
sagrado I

CROSS
BOOKS

ALINA NOT

Bad Ash

Suelo sagrado 1

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, María Pascual Alonso
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26055-4
Depósito legal: B. 12.650-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

10 de junio de 2021

*Mia creó el grupo «Arrivederci a tutti».
Mia te añadió.*

Mia: ¡Hola a todos! Ciao bellos!
Como ya sabéis, Gina y yo nos
mudamos a Italia.

Gina: Bella Italia! Buonasera!
Come stai?

Mia: Hace mucho que no nos
juntamos todos. ¿Qué os parecería si
organizamos algo para nuestra
despedida? ¿Cómo tenéis el verano?
¿Nos hacemos una escapada?

Gina: Nos vamos el cuatro de agosto.
¿Quedada en julio?

Emily: ¡Hola! Scotty y yo tenemos julio a vuestra plena disposición. ¡Tengo muchas ganas de veros!

Emily: ¿Y si nos vamos a pasar el cuatro de julio todos juntos a algún sitio?

Emily: Tengo ganas de playa y de fuegos artificiales.

Tyler: ¿Playa? ¿Fuegos artificiales? ¿Invitáis a barbacoa?

Gina: No hay suficiente dinero en el mundo para darte a ti de comer.

Tyler: Soy un tío grande.

Ryan: Yo en julio no puedo, chicas. Lo siento. Me voy a finales de mes a Florida, ya sabéis.

Mia: Dile al equipo ese que firmas más tarde. El cuatro de julio es sagrado. ¿Quiénes son de todas maneras? ¿Los tiburones?

Tyler: Miami Dolphins, el tío está en todo lo alto.

Tyler: De nada por haber abandonado el fútbol y haberos dejado vía libre a los demás.

Gina: Viaje de colegas para el cuatro de julio.

Gina: Ryan no viene.

Gina: Scott, Emily, Tyler, Mia y yo. Venga, ¿a quién más sumo?

Grace: ¡Chicaaaas! Yo tampoco puedo. Me voy el mes entero a París con la jefa. Tengo ganas de veros, pero, en serio, no puedo. ¡Voy a París! Aunque voy a odiaos por pasarlo bien sin mí. Pero os amo, así que os perdonaré. Total, yo estaré en la capital de la moda...

Cam: Ofrezco la casa del lago. Tengo hueco para nueve. Diez si Tyler quiere compartir mi cama como la última vez.

Tyler: Me juraste que quedaría entre nosotros.

Cam: Demasiado especial para no compartirlo.

Vanessa: ¡Pero bueno! ¡Me estáis petando el móvil de mensajes! Lago Tahoe. Cuatro de julio. Ya he reservado las vacaciones. Gracias. De nada. Os quiero.

Mia: ¡Vale! Tenemos dos bajas y cinco amigos de verdad. Me falta una...

Emily: ¡Ash!

Gina: Ashley, necesito tu respuesta.

Mia: Siempre está igual. Lleva cinco días sin cogerme el teléfono. ¿Alguien sabe algo de ella?

Emily: Cuando se digne a hablar deberíamos hacerle el vacío por no atender sus mensajes.

Mia: Estará flotando por encima del común de los mortales, como hace desde que entró en ese departamento de investigación. Seguro que ahí arriba no tienen cobertura.

Vanessa: Yo estoy trabajando y me he dignado a contestar. No tiene excusa. Odiémosla.

Vanessa: ¿Podemos twittear sobre ella como cuando estábamos en el insti?
#AshleyBennetbajadelanube

Emily:
#YAshleyBennetsequedósinamigos

Mia:

#AshleyBennetlaquesecreíasuperior

Gina: #AshleyBennetestáenmilistanegra

Tú: Estoy en el trabajo.

Tú: Os odio.

Gina: #AshleyBennettevienesallago
Tahoeelcuatrodejulio?

Tú: No lo sé.

Emily: ¿Quééééééééééé?

Mia: Estás de coña, ¿no?

Tú: Estoy superliada. Millones de papeleos que preparar para mi beca. Tengo que ver lo que hay en el departamento para entonces. Y hay un congreso a finales de julio.

Emily: Mia, échala del grupo.

Tú: Voy en serio.

Vanessa: NO vas en serio.

Tú: ¿Me lo puedo pensar?

1

Ashley

Me está esperando apoyado en la chapa plateada extremadamente reluciente de su deportivo cuando yo salgo de mi casa arrastrando la maleta. Estoy segura de que a cualquiera se le subirían los colores a las mejillas, justo como a mí, y se le pasarían un montón de pensamientos impuros por la cabeza solo con poder ver esta imagen. Los vaqueros ajustados que lleva no son negros, para variar, pero la camiseta que se le pega a los músculos del torso sí que lo es. Le falta la cazadora de cuero, pero, claro, hace mucho calor a día dos de julio en Sacramento. Me sonrío en cuanto se cruzan nuestras miradas y da dos pasos para apagar la colilla que fumaba contra la valla y tirar los restos a la papelera que hay en el punto donde se separan nuestras casas. Qué cívico. Apuesto a que mucha gente no se creería que hace una cosa como esa.

—¿Estás lista? Es ya como mi cuarto cigarro. Lo tuyo no es hacer maletas, ¿eh, muñeca?

—No me llames muñeca —protesto al llegar a su altura.

Él sonrío de medio lado, divertido. Me quita el asa de la maleta para ocuparse de cargarla en el coche. Justo cuando estoy a punto de darle un abrazo, oigo la puerta de la casa abrirse a mi espalda.

—¡Ashley! Te dejas el cargador. Es este el tuyo, ¿no?

Mi madre se acerca hasta nosotros cruzando el jardín y yo recojo el cargador de móvil que me tiende.

—Gracias, mamá.

—Algún día perderás la cabeza. Eso si no la has perdido ya. No sé dónde la tienes últimamente.

Fuerzo una sonrisa porque no quiero que se dé cuenta de todo lo que callo e intento ocultar para no preocuparla. Y ese «últimamente» empieza a ser demasiado tiempo ya sin encontrarme.

—Buenas tardes, señora Bennet.

Casi me dan ganas de darle las gracias por distraer la atención de mi madre. A la que le gusta preguntar demasiado. Sobre cosas que sabe que no debería preguntar, además.

—¿Qué tal, Tyler? Vas a conducir con mucho cuidado, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —responde él, al instante—. Además, este coche es una bala, no le va a dar tiempo ni de estar preocupada, en una hora ya estaremos allí.

—¡Ay, por favor! Ni de broma, ¿eh? Ve despacio.

Tyler se ríe.

—Mamá. —La corto, con las manos sobre sus hombros—. Nos vamos. Te llamo cuando lleguemos. Iremos despacio. Tendremos cuidado. Y no, no llevo condones —me obligo a bromear.

—Qué pena.

Es Tyler, aún con su tonito de guasa, y mi mano golpea su estómago haciéndolo callar al instante.

—¿Y estás segura de que no los necesitas? —pregunta mamá.

—Eh, os dejo despediros. Te esperaré en el coche. Desde donde no puedo oíros, aunque esté a treinta centímetros —se burla nuestro vecino y se mete en el coche, tras el volante, tal y como ha prometido.

Mi madre me observa, seria.

—Nena, ¿vas a estar bien? ¿Crees que es una buena idea?

—Estoy bien —suspiro. Estoy bastante harta de tener que repetir esas mismas palabras una y otra vez, a todas horas—. Me voy. Te llamo.

La beso en la mejilla y rodeo el coche rápidamente para montarme en el asiento del copiloto.

—Te quiero.

—Te quiero —repite ella—. ¡Y dile a Tyler que se corte el pelo!
—Eleva la voz para asegurarse de que él la oye perfectamente.

Cuando entro en el vehículo su risa inunda todo el espacio disponible y yo niego con la cabeza, desaprobando ese rollito de pullas mutuas que se traen los dos.

—¿Quieres conducir?

Rechazo su oferta y me pongo el cinturón. No creo que esté al máximo de concentración hoy como para poder domar tantos caballos. Él no dice nada más antes de arrancar. Nos despedimos de mi madre con la mano y rodamos atravesando el barrio hacia la salida de la ciudad. Yo pierdo mi vista por la ventanilla en cuanto hemos dejado atrás las casas idénticas que componen la calle en la que crecí. Y tengo que agradecer a Tyler que respete mi silencio.

Llevaremos ya cerca de una hora de camino cuando él baja el volumen al que suena la radio. Hasta me sorprende oír su voz tan cerca de mí, como si mi mente ya hubiera olvidado que es quien conduce el coche en el que viajo. Mi madre tiene razón. La verdad es que no sé dónde tengo la cabeza.

—¿Estás bien?

Despega la vista de la carretera solo un par de segundos para mirar mis ojos. No digo nada. Soy incapaz de encontrar las palabras que busco, aunque las he repetido medio millón de veces en tan solo veinticuatro horas en casa con mi madre.

—Ash, llevas una hora entera sin parar de agitar la pierna. Y tienes suerte de que vaya a terapia y haya aprendido a controlarme tan bien, porque, si no, ya estaría histérico y habría tenido que cortarte la pierna o estrellar el maldito coche. Estamos a tiempo de darnos la vuelta.

Llega a enternecerme un poco que me ofrezca esa posibilidad. Y, por un solo segundo, me planteo aceptarla. Pero sé que Mia y Gina no lo entenderían. Que Emily me lo estaría echando en cara hasta mi lecho de muerte. Y que Vanessa no me perdonaría en un año, y eso con suerte. Es verdad que hace mucho que no las veo. Al menos, teniendo en cuenta cuánto las veía antes. Y puede que lleve unos cuantos meses hablando menos con ellas, también. Sobre todo con Vanessa. Tyler y yo llegamos un día tarde a la reunión, así que ya me la estoy jugando bastante.

—Suenan muy tentador —consigo murmurar.

—Bueno, pues ya lo sabes, solo tienes que decir las palabras mágicas —se burla, y se baja las gafas de sol de lo alto de la cabeza para protegerse los ojos.

—No puedo huir cacareando como una gallina.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Conozco bien este camino. Y uno de los grandes problemas que me estoy encontrando al recorrerlo es que nunca antes había sido Tyler quien viajaba a mi lado.

—Puedes largarte rugiendo como una tigresa, si quieres. El caso es que, si no quieres hacer esto, no tienes por qué.

No sé desde cuándo Tyler se ha vuelto así de sabio. Y atento. Y dulce. Y encantador. Pero el caso es que lo es. Aun así, no tiene razón en esto. Yo accedí a venir. Y no puedo dejar colgado a todo el mundo solo porque esté cagada de miedo. Hace mucho tiempo que aprendí a no dejar de hacer las cosas solo porque me den miedo. Aunque, para ser justos, nunca nada me había aterrado tanto como esto.

—Estás nerviosa —dice, el tío observador—. Es normal.
¿Cómo crees que estará él?

—Pues no lo sé —respondo al instante, irritada—. Hace mucho que no hablo con él.

—Yo hablo con él todos los días.

Le lanzo una mirada asesina y él devuelve la vista a la carretera sin que su cara denote que le haya impactado para nada el veneno que acaba de escupirle mi contacto visual.

—Tampoco es que me lo haya dicho ni nada. Nadie habla contigo de él, y nadie habla con él de ti. Lo hemos aprendido todos a base de hostias.

—Cállate.

—¿Aún sientes lo mismo por él?

—Tyler, cállate.

El coche se queda en silencio después de que yo haya elevado demasiado la voz para soltar esas últimas palabras. Puede que me haya excedido en mis malos modos, pero no pienso pedir perdón. Él ya sabía que se la estaba jugando. Lo sabía mejor que nadie.

Vuelve a subir el volumen de la radio y no dice nada más. Me siento culpable por un momento. Pero hay una emoción que me domina y hace enmudecer todo lo demás.

El miedo.

El maldito miedo de volverme a ver reflejada en los ojos verdes de Cameron Parker.

Tyler aparca su deportivo justo en paralelo al coche de Scott. Pero yo no me fijo en ese, sino en el que hay aparcado al otro lado. El Honda blanco que ha tenido mi culo pegado al asiento mucho más tiempo que el coche del novio de mi mejor amiga. El coche de mi novio. El coche de mi exnovio. Y me

pellizca el corazón y se me revuelve el estómago. No estoy muy segura de que vaya a poder con esto.

—Última oportunidad —dice Tyler a mi lado, en un tono levemente burlón.

Yo me giro hacia él, despegando por fin mi vista del blanco de la pintura de la parte trasera de ese otro vehículo. Que, por cierto, está impecable. Perfecta. Sin rastro del roce que yo le hice contra la columna del garaje de su casa de Eugene. Le dedico a mi acompañante una mirada fría y luego abro la puerta de un tirón para apearme del vehículo con toda la decisión que en realidad no poseo.

Seis meses y dos días. Parece la sentencia de una condena. Podría serlo. Y bastante dura. Llevo seis meses y dos días sin verlo. Sin oír su voz. Sin saber absolutamente nada de su vida. Debería haber sido suficiente para aprender a volver a respirar yo solita. Pensé que lo era. Si me hubieran preguntado hace un mes, habría dicho que ya estaba bien, que había pasado lo peor. Pero ahora no lo tengo del todo claro. Tengo miedo de que no haya servido de nada.

Respiro hondo y rodeo la casa, con Tyler pegado a los talones, para empujar la puerta que da acceso directo al lateral del jardín. Vale, puedo hacer esto sin que me tiemblen las piernas. Venga, Ashley, están ahí todos tus mejores amigos en el mundo. Tengo ganas de ver a las chicas, y a Scott. Y lo más importante es creerme de verdad que estoy encantada con esta situación. Así que, vamos allá. Un, dos, tres, y acción. Espero que se me dé mejor actuar ahora que en las obras del colegio.

—¿Hola? —llamo antes de dar la vuelta a la casa, cuando oigo una cacofonía de voces y risas, mezcladas y sin respetar turno, que llegan desde el jardín.

Un segundo de silencio. Y a la primera que oigo soltar un grito es a Emily. Luego, mucho jaleo, y las voces de las chicas

hablando todas a la vez. Para cuando giro la esquina y quedan dentro de mi campo de visión, mi mejor amiga ya está justo frente a mí, y me salta encima abrazándome fuerte por el cuello.

Tengo que reírme. Es inevitable.

—¡Tía! —me chilla al oído—. ¡Por fin estás aquí! ¡Hace un millón de años que no te veo! ¡Sin oxígeno para respirar estaba ya! ¡Me estás matando, Ashley!

No me da tiempo a contestar con nada más que con un par de carcajadas porque, justo entonces, una fuerza de unos treinta kilos impacta contra nosotras, lloriqueando ansiosamente. Emily me suelta y se echa hacia atrás para huir del huracán de pelos y babas que no deja de saltarme encima sin ningún cuidado.

—*Vodka* —pronuncio su nombre, en un murmullo, porque casi no encuentro mi voz y se me han llenado los ojos de lágrimas ante la emoción que ella demuestra al verme—. Hola, pequeña. ¿Cómo estás? ¿Eh?

La abrazo como puedo y me arrodillo en el suelo para estar a su altura. La perra no puede parar de mover la cola y, con ella, toda la mitad posterior de su cuerpo, y gimotea histéricamente. Yo tengo que hacer un esfuerzo para que no me resbalen las lágrimas por las mejillas. Seis meses y dos días sin ver a *Vodka*.

Oigo cómo, a mi alrededor, todo el mundo está saludando a Tyler mientras a mí la perra me lame la cara a grandes lengüetadas, hasta obligarme a apartarla, riendo.

—Hay aquí personas humanas a las que saludar. —Oigo la voz de Mia, en tono de reproche, pero en el fondo se le nota un deje divertido.

Alzo la vista. Está con los brazos en jarras. Intento dedicarle una sonrisa de disculpa y le tiendo la mano, para que me ayude a levantarme. La pequeña Mia tira de mí con más

fuerza de la que me esperaba y, en cuanto estoy de pie, me abraza efusiva.

—Eres una amiga horrible y una pasota descarada.

Cierro los ojos y sonrío levemente, achuchándola aún más.

—Lo sé —suspiro.

Cuando me separo de ella tengo que pasarme los dedos por debajo de los ojos para secarlos.

—Ashley —saluda Vanessa, en tono altivo, como si estuviera muy enfadada conmigo.

—Vanessa —respondo igual, a modo de burla.

Vodka salta y me muerde suave la mano, me golpea con la cola en las piernas mientras la agita y continúa con sus lloriqueos de llamada de atención.

—*Vodka*.

Oigo su voz, pero no lo veo. Aun así, el corazón me late como cuatro veces más rápido de su ritmo normal y me flaquean las piernas. Siento cómo me tiembla el estómago, y seguro que hasta las manos van a empezar a descontrolarse de un segundo a otro.

—Ya vale. Ven aquí.

Sigo mirando a Vanessa, pero ya no estoy pensando en ella. Para nada. Mi amiga parece tener intención de darme un abrazo también, pero su prima Gina carraspea un par de veces a su lado antes de que le dé tiempo a hacerlo.

—¿Qué? —pregunta, sin levantar mucho la voz, y se gira hacia los lados. Las dos lo vemos a la vez. Justo detrás de ella—. Ah. Mierda. Perdón.

Se aparta a un lado. Como si estuviera molestando. Como si estuviera interrumpiendo. Como si él tuviera mucho más derecho a saludarme que ella. Y todo a nuestro alrededor es silencio cuando nos quedamos frente a frente, a tan solo dos pasos el uno del otro. Vaya amigos más cotillas.

Me muerdo la parte interior del labio cuando alzo la vista

hacia él. Está serio. Lleva el pelo corto. Más que nunca. Por lo demás no ha cambiado desde la última vez que lo vi. Hombros anchos, mandíbula definida, pestañas largas. Y esos ojos. En cuanto conectan con los míos, algo encaja de golpe dentro de mi pecho. Casi se puede oír el engranaje. Y entonces me sonrío, solo un poco, nada espectacular, y mi interior explota en un millón de mariposas. Malditas mariposas zombis, porque deberían estar muertas desde hace mucho tiempo ya.

—Hola, Ash —dice, suave, en voz baja.

Y hasta *Vodka* parece estar respetando este momento.

—Hola —respondo, no sé ni cómo. Solo me sale un hilito de voz ridículo, pero estoy bastante segura de que lo ha oído.

Soy yo la que da un paso hacia él, porque esta maldita tensión me está matando. Y estar tan cerca y no abrazarlo parece casi un delito. Un crimen contra la humanidad. Un atentado contra la naturaleza y su ordenado caos.

Tengo que ponerme de puntillas para enredar los brazos alrededor de su cuello. Lo hago tímidamente, pero él enseguida pone los suyos en torno a mí y me estruja contra su pecho, como tantas veces antes. Es la sensación más familiar del mundo, es el orden natural de las cosas, y huele exactamente como lo recordaba. A Cam. A casa.

—¿Cómo estás? —pregunta, en un tono muy cordial.

Muy cordial, pero muy impersonal. Casi dolería menos si me mirara con rencor y se largara al interior de la casa, dando un portazo. Pero, a pesar de hablarme como si fuera una absoluta desconocida, desliza sus manos por mi espalda muy suavemente, haciendo que todo mi cuerpo se vuelva extremadamente receptivo a su caricia, en un solo segundo. Y, cuando me aparto un poco más, sus manos me sostienen por los codos como si quisiera ayudarme a mantenerme en pie. Eso me deja más que claro que ha podido notar el tem-

blor de mi cuerpo, y que es consciente del efecto que provoca en mí y en mis piernas de mantequilla. Él parece mucho más entero. Más que yo. Y, definitivamente, mucho más que la última vez que lo vi.

—Bien —respondo, y doy un paso atrás, para que deje de tocarme—. ¿Y tú?

—Bien.

Vodka se mete en medio de los dos, y estira el cuello para buscar mis manos con su hocico.

—Ya te vale no dar señales de vida —interviene Vanessa. Menos mal que están aquí.

Cam coge a *Vodka* por el collar para apartarla y que me deje terminar de saludar a la gente en condiciones. Y ese collar se lo regalé yo, por cierto. Pero mis amigos no me dan tiempo a pensar demasiado en eso, porque aún tengo que abrazar a la morena y a su prima Gina y a Scott. Y tienen que volver a repetirme todos la persona tan horrible que soy por haber estado tan alejada y metida en mi propio mundo últimamente.

—¿Dónde están vuestras cosas? Venga, dejadlo todo y vamos a ponernos al día —sigue Vanessa, que tira de la camiseta de Tyler para arrastrarlo de vuelta hasta donde hemos dejado el coche—. Ash, tú duermes conmigo.

—¿Cómo? No, yo duermo en la cocina con *Vodka* —bromeo.

—¿Cómo? No, yo duermo contigo —le propone Tyler casi a la vez, y ella le suelta la camiseta y le pega un codazo en las costillas, con cara de disgusto, pero solo consigue hacerlo reír.

Cargo con mi maleta escaleras arriba, justo dos pasos por detrás de Tyler. Él se para frente a la puerta de la habitación con una cama individual. Se vuelve a mirarme y alza las cejas. Yo niego con la cabeza un par de veces y aparto la mirada rápidamente, pasando de largo por su lado. Clavo la mi-

rada en el suelo al pasar por delante de la puerta abierta de la habitación de Cam. De todas las noches que he pasado en esta casa a lo largo de los años, solo ha habido una en la que no haya dormido allí. Es muy raro tener que seguir avanzando hasta el final del pasillo. Es muy raro no ocupar mi sitio de siempre. El que una vez pensé que siempre me pertenecería. Y, si no estuviera intentando convencerme a mí misma de que esta absurda mezcla de emociones desestabilizantes desaparecerá en cuanto me calme un poco, diría que hasta duele.

Oigo a Tyler salir enseguida de su habitación y bajar las escaleras. Y yo también debería dejar mi maleta y volver a reunirme con toda esta gente que estaba deseando ver y estaba deseando verme. Pero creo que voy a necesitar un par de minutos más.

—Eh, ¿qué haces? ¿Piensas bajar o no?

Puede que me haya tomado más de un par de minutos. Vale, lo admito. Pero tampoco creo que hayan sido tantos como para que esas dos tengan que venir a buscarme. La que ha hablado ha sido Emily, pero Vanessa está tan solo un paso por detrás, con los brazos cruzados y apoyada en el marco de la puerta abierta.

—Claro que sí. Ya voy.

Cierro la maleta ya vacía y la dejo en un rincón del cuarto.

—Espero que no tuvieras ninguna preferencia de cama —dice la morena—. Anoche no estabas y tuve que decidir sin ti.

—No. No, no importa. Cualquiera me va bien.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —pregunta Emily.

Tiene la mirada inundada de preocupación. De verdad. Qué exagerada. Como si a alguien se le hubiera acabado el mundo alguna vez por una ruptura amorosa. Y la ruptura es

una herida antigua, además. Más de un año desde que dijimos «se acabó», aunque no se hubiera acabado del todo.

Pongo los ojos en blanco y paso por su lado para bajar a reunirme con los demás.

—Estoy bien —aseguro.

—Ash... —empieza Vanessa.

—Vamos, o Tyler me dejará sin cerveza. —Cambio el tema y le dirijo una mirada muy significativa, para que no hable de lo que sabe que no debe.

Aunque el tema prohibido esté tan tranquilo en el jardín. Y esta sea su maldita casa.

El resto de nuestros amigos ya están en torno a una mesa en el porche, hablando y riendo. Lo que debería estar haciendo yo. Relajarme con mis amigos y pasarlo bien. Pero, al llegar a su altura, no me siento en una silla, como los demás. No, porque mi colega de cuatro patas se levanta rauda del lugar donde dormitaba, tras la silla de Cam, y viene hasta mí meneando la cola. Así que me siento con ella en el suelo, para poder achucharla.

—Parece que alguien te ha echado de menos, ¿eh, Ash? —comenta Gina desde el otro lado de la mesa.

—Eso demuestra que los perros tienen buena memoria. Yo ya prácticamente me había olvidado de ti —me pica Mia con una sonrisa burlona.

—Y te lo tendrías merecido —ataca también Vanessa, sentada entre Cam y Tyler.

Suspiro pesadamente y doy un trago largo a mi cerveza, para demostrarle cuánto me importan sus comentarios.

—Habéis tardado mogollón en venir, ¿no? —dice Scott entonces, y creo que habla más con Tyler que conmigo.

—¿Tardar? Hemos salido de Sacramento hace tres cuartos de hora —bromea el aludido.

—Ya está chuleando otra vez el tipo del deportivo. —Se mete Gina con él.

Tyler sonríe orgulloso.

—Es un Mustang y, si aún no has caído en mis brazos despu es de haber puesto tu culo en el asiento una vez, es solo y exclusivamente porque eres lesbiana y yo muy hombre.

Creo que la burla en respuesta a sus palabras es generalizada.

—Ashley ha venido todo el camino con el culo pegadito a tu asiento y no la veo desmayada entre tus trabajados b iceps —opina Mia.

Yo levanto la vista enseguida, y Tyler me mira y sonríe de medio lado, con una expresión muy p cara.

—Eso es porque hemos parado a echar uno rapidito por el camino —alardea.

Yo suelto un bufido en respuesta y mis amigas protestan, todas a la vez, por sus comentarios engr idos.

—Deja de soñar despierto y compartir tus fantasías sexuales y di,  en qué hab eis estado perdiendo el tiempo para salir tan tarde de Sacramento? —insiste Vanessa.

El rubio levanta las manos como manera de exculparse de toda responsabilidad por la hora a la que hemos aparecido en la cabaña.

—Yo había salido de mi revisión médica a las diez de la mañana. He estado esperando a Ashley siete horas en el coche —exagera.

Eso vuelve la atención en mi dirección de nuevo.

— Y t  qué tenías que hacer esta mañana? —curioseas Mia—. Podr ais haber venido cuando Tyler ha salido del médico.

Yo miro de reojo a Cam y no contesto enseguida. Pero las miradas siguen sobre mí, intentando cotillear sobre mi vida. Y mi ex se ha dado cuenta perfectamente de que lo he mirado un par de veces ya.

— Qu ? —pregunta él directamente—.  D nde has estado esta mañana?

—He ido a ver a tu madre —confieso. Alza las cejas con sorpresa, mientras nuestros amigos guardan un silencio sepulcral—. Bueno, he ido a ver a *Salem*, pero a tu madre le he dicho que iba a verla a ella —bromeo.

—No me ha dicho nada...

—Ya.

Me muerdo el labio, un poco incómoda. Porque, aunque me he pasado seis meses alejándome de todo lo que me lo pudiera recordar, no he podido dejarlo todo atrás. Y he estado mucho tiempo evitando a su madre, igual que a todos los que intentaban hablarme de él. Pero la verdad es que tenía ganas de verla. Y hoy ya no tenía nada que perder. Él tampoco se queda atrás en eso de no haber sabido cortar lazos con la familia del otro. Soy muy consciente de que mi hermano habla mucho más con él que conmigo, habitualmente.

Tyler pone los pies encima de la mesa, con un par de golpes secos, recostándose sobre la silla, con un cigarro en la mano y una cerveza en la otra, y corta la tensión del momento al instante. No sé si lo ha hecho por Cam, por mí, o por él mismo, pero acaba de salvar la situación con un disimulo que le envidio un poquito. Se pone el cigarro en los labios y estira el brazo que sostiene la cerveza para pasarlo sobre los hombros de Vanessa.

—Joder, qué ganas tenía de estar aquí con vosotros. El lago Tahoe, un cigarro, una cerveza y Vanessa Miller pegadita a mí... Es el mejor día de mi vida.

—Vanessa Miller no se va a pegar tanto a ti como para que sea el mejor día de tu vida —responde la aludida.

Tyler hace una mueca, pero no la suelta. En cambio, aprieta un poco más la presión sobre sus hombros y la estruja contra él zarandeándola suavemente. Ella se ríe con sus estupideces.

—De alguna extraña manera, ya te estaba echando de

menos, Tyler —reconoce, y apoya la cabeza en su hombro, finalmente.

—Lo sabía. —Sonríe, triunfal—. Ahora pon tu culito en el asiento de mi coche y verás lo que es la magia.

Vuelven a reír, mientras Vanessa protesta un poco por lo engreído que es. Creo que, la verdad, no le faltan motivos para poder serlo, de todas formas.

—Qué calor hace aquí, ¿no? —corto su tonto.

—Dijo la chicagüense —se burla Scott al instante.

—Hacía calor ayer en Chicago. Llovía, pero hacía calor. Mis amigos se ríen. Son tan de la costa Oeste, los pobres.

—Será que te choca porque te has desacostumbrado —apunta Vanessa.

—Será que me choca porque la última vez que estuve aquí había una capa de nieve así en este jardín —recuerdo al tiempo que separo las manos para demostrar cuánta nieve había.

Cam suelta una carcajada ante mi exageración y a mí se me licua el corazón en cuestión de dos décimas de segundo. Ashley, ¿qué demonios te pasa? De repente, estoy acordándome de la risa de Cam y los ladridos de *Vodka* a nuestro alrededor y nuestros cuerpos rodando entrelazados sobre la capa de nieve blanca, solo a unos metros de donde estamos ahora.

Y ya tengo un nudo en la garganta y la emoción amenazando con estropear mi duro trabajo de seis meses y dos días de olvido; pero Cam aún tiene ganas de reírse. Y eso solo me machaca un poco más la calma.

—¿Alguien quiere algo más de beber? —pregunta Emily.

Mi mejor amiga acudiendo al rescate. Menos mal que me conoce mejor que yo misma. Menos mal que está aquí. Y menos mal que no ha dejado de quererme, aunque yo lleve meses sin ser la primera en llamar.

—Traigo otra ronda —ofrece—. Anda, Ash, ayúdame.

Me revuelve el pelo al pasar a mi lado, para molestarme. Y yo aparto a *Vodka* de encima de mis piernas, con cuidado, y me levanto para seguirla sin decir ni una palabra más.

Emily tiene que empujarme para que llegue hasta la cocina y, una vez que estamos dentro, cierra la puerta tras nosotras para enfrentarse a mí.

—¿Qué te pasa, Ash? —Es lo que pregunta, y yo frunzo el ceño ante su tono.

—¿Qué?

—¿De qué va todo eso? «He ido a ver a tu madre», «La última vez que estuve aquí había mucha nieve» —me imita—. ¿Qué estás haciendo? Si estás buscando algún tipo de reacción no me parece para nada justo, ni la mejor idea del mundo. Y habías dicho que estabas bien...

—Estoy bien.

—Ya. Pues Cam también. —Me sorprende la fiereza con la que lo dice—. No tires seis meses por la borda y menos así.

Doy un paso atrás y me apoyo en la encimera. No sé qué es lo que me está diciendo mi amiga, ni por qué me lo está diciendo así. Y tampoco sé qué es lo que siento. Ni por qué es tan difícil estar cerca de Cameron sin que mis emociones se vuelvan locas del todo. Ahora no soy capaz de defenderme, si es que esto es un ataque.

—No quiero tirar nada por la borda. Yo solo... No quería venir, para empezar. Y ahora intento que no se me note lo que está pasando, pero es más complicado de lo que creía que iba a ser.

—Claro que lo es. Pero, llegados a este punto, creo que lo peor que puede pasar es dar un paso atrás.

—Pensaba que podría controlarlo, Em. Pero la verdad es que no puedo. Y puedo esconder muchas cosas mientras nadie me ve, pero es que es complicado cuando todo el mundo

te tiene en el punto de mira. No quiero que Cam se entere de lo que siento por él.

—¡Vaya, ya me imagino que no! —exclama Emily, con demasiada vehemencia—. Es que estás loca por hacer esto.

—¡Vosotras insististeis en que viniera! —protesto.

—Pues sí, porque tenía muchas ganas de verte, tía. Pero no pensé bien en las consecuencias. No quiero volver a pasar por lo de hace seis meses —dice, como si la de la ruptura devastadora hubiera sido ella.

—No voy a dejar que nadie sepa lo que siento —prometo, más para mí misma.

—No quiero un corazón roto, otra vez.

Me mira con reproche y mi mente tarda unos cuantos segundos en poder encajar sus palabras con su tono de voz y su expresión.

—No estás hablando de mí.

Emily me observa atentamente por un momento y, de repente, deja descolgarse un pelín su mandíbula inferior, como si acabara de llevarse una sorpresa enorme.

—Y tú estás hablando de Cam.

—¿Qué? Mierda.

—Joder.